

Luego los míos lo llevarán donde le plazca. Si gusta en venir á cenar, se le pondrá en un cuarto en donde quien le conozca no podrá verle, y me parece mejor que venga temprano, es decir, entre diez y once, lo más tarde... Tengo muchos deseos de que se haga esto, pues ésta pobre mujer (1) no tiene momento de reposo. Os ruego que oréis á Dios. Si la puedo ver en tan buenas manos, tendré una gran alegría, os lo declaro. Me parece que sois una de esas personas que viendo á sus amigos tranquilos gozan ellas también de tranquilidad. Y á decir verdad, esta persona tiene grandes penas de las que quedará libre cuando la tranquilicen. Temo que vuestro amigo sea demasiado severo para nosotros. En fin, es preciso rogar á Dios y encomendarle este asunto. »

M. Singlin, una vez introducido, volvió con frecuencia. Hacía sus visitas disfrazado de médico y bajo la enorme peluca que entonces estaba en moda, teniendo necesidad de decirse á sí mismo para justificar este disfraz, que en realidad era un médico. Le tuvieron oculto algún tiempo en Méru, en una propiedad de la princesa. ¿Sería demasiado sutilizar, el creer que estos misterios, estas precauciones infinitas y concertadas para la penitencia, eran para Madama de Longueville, como un último atractivo de imaginación novelesca á la entrada de la vida austera?

Poseemos su examen de conciencia escrito por ella misma después de la confesión general que hizo á M. Singlin el 24 de Noviembre de 1661. Es un trozo que debemos comparar con esa otra confesión de la princesa Palatina, escrita por consejo del abate de Rancé, y tan magníficamente parafraseada por Bossuet. Es preciso leer sin soberbia y con el corazón sencillo; en ello no hay nada agradable ni adulator.

(1) *Esta pobre mujer*. Madama de Sévigné hablando de la muerte de M. de Turenne dice: *Este pobre hombre*. Por grandes que seamos y que creamos ser, un día vendrá en que digan de nosotros: ¡*Pobre hombre!* Esa pobre mujer, que después de todo será una expresión piadosa.

Pero aun viendo sólo humanamente, y desde el punto de vista de observación psicológica, tales trozos merecen nuestro respeto. Si nos detallan el corazón humano en sus más diminutas pequenezes, es que estas pequenezes son el fondo ordinario definitivo.

Madama de Longueville considera esto como su primer paso en una vida verdaderamente penitente:

« Hace mucho tiempo que yo buscaba (me parecía, la vía que conduce á la vida; pero creía siempre que no estaba en ella, sin saber, no obstante, cuál era el obstáculo. Sabía que existía entre Dios yo, pero no lo conocía y notaba que yo no estaba en mi puesto. Tenía una cierta inquietud por entrar en él, pero no sabía cuál era, ni por dónde era preciso buscarle. Me parece, al contrario, que desde que estoy bajo la custodia de M. Singlin, me paseo en el lugar que buscaba, es decir, en el verdadero camino de la vida cristiana, en cuyos alrededores estuve hasta ahora (1).

Antes de escuchar su confesión general y de comprometerse por ello á servirle de guía, M. Singlin quiso saber si se sentía dispuesta á dejar este mundo en el caso que un día fuese invitada á ello. Ella le contestó sinceramente que sí. Una vez obtenidos esta declaración y este voto, él exigió que continuase ocupándose de las cuestiones exteriores tanto como hiciese falta, sin permitirle llamarlas *miserables*.

Como hábil y práctico doctor de almas que era, M. de Singlin, á la primera ojeada, descubrió que su

(1) *Suplemento del Necrólogo de Port-Royal*, in-4º, pág. 137 y siguientes. Se puede observar en este examen de la duquesa de Longueville, y en general, en todas sus cartas y manuscritos, un estilo anticuado y mucho menos elegante que lo que puede esperarse, mucho menos preciso que el de las divinas cartas de la señorita de La Vallière publicados en un volumen por Madama de Senlis. Y es que hay veinte años de diferencia entre estas dos ilustres personas: Madama de La Vallière es una contemporánea exacta de La Bruyère, casi de Fenelón. Madama de Longueville se había formado completamente antes de Luis XIV. Pero ahondando en esas languideces de frases, se encontrará la delicadeza. Y, además, el estilo de Madama de La Vallière ha sido ligeramente corregido en estas últimas ediciones.

defecto capital era el orgullo, ese orgullo, que casi ella misma había ignorado tantos años. Esto es lo que también dice muchas veces la duquesa de Nemours en sus *Memorias*. Es muy curioso ver cómo las recriminaciones, las indicaciones de M. Singlin y las confesiones de Madama de Longueville concuerdan: « Las cosas que él (*el orgullo*) producía — escribe la penitente, — no me eran desconocidas, mas yo me detenía solamente en sus efectos, que yo consideraba como grandes imperfecciones; sin embargo, por todo lo que me han descubierto veo que yo no encontraba la fuente. Y no es que yo no reconociese que el orgullo había sido el principio de todos mis extravíos; pero yo no lo creía tan potente como en realidad lo era, y yo no le atribuía todos los pecados que cometía, á pesar de que veía que tenían su origen en él. » Reconocía entonces que en el tiempo de sus extravíos criminales, el placer que la arrastraba era el del amor propio satisfecho, pues *los otros no la atraían*. Estos miserables impulsos del orgullo participaban de todos sus actos, y eran el alma de ellos. « Encontraba el placer que tanto buscaba, en lo que adulaba á mi orgullo, y llegué á decirme lo que el demonio dijo á nuestros primeros padres: « ¡Seréis como Dioses! » Y esta palabra que agujereó su corazón, hirió de tal manera el mío, que la sangre corre todavía de esta llaga, y correrá mucho tiempo si Jesucristo por su gracia no le detiene. » Este descubrimiento, que debió toda su importancia á M. Singlin, este filón monstruoso que él le hizo tocar con el dedo y seguir todas sus ramificaciones, y que le parecía que era la única substancia de que se componía su alma; la espanta y la lleva al borde de la tentación, del desaliento. Desde entonces cree encontrar el orgullo en todo, y esa misma docilidad que parece ser la única parte sana de su alma, le parece sospechosa. Teme no ser dócil más que en apariencia y porque al obedecer nos hacemos agradables y recuperamos la estimación que perdimos. Le parece ver hasta en esta docilidad el orgullo que se transforma, si se puede decir así, en un

ángel tutelar. Asustada, se detiene y no puede sino exclamar postrada en el suelo: *Sana me el sanabor.*

Pero una carta que recibe de M. Singlin, y que lee después de haber rezado, la consuela, pues le prueba que este servidor de Dios no desespera ni de ella ni de sus llagas. Yo podría, si aquí fuese oportuno, multiplicar los extractos, y presentar sin afeites, en toda su sutilidad ingenua y en su negligencia envejecida, esas delicadezas de conciencia de un talento antes tan pujante y tan soberbio y entonces tan abatido y como abismado. Se conoce ya, se describe y se muestra al desnudo. Su descripción, en un momento, concuerda exactamente con lo que dice Retz, y casi parece contestarle. He aquí la traducción cristiana y moralmente rigurosa de este rasgo de apariencia encantadora. Una vez más pido perdón por haber olvidado este relato. Aun siendo indignos de ellos, cuando entramos en el fondo de las cosas, nos sentimos tentados á decir como Bossuet hablando del sueño de la Princesa Palatina: *Me complazco en repetir estas bellas palabras á pesar de los oídos delicados; ellas borran los más grandiosos discursos y no querría hablar más que este lenguaje.*

« Al recibir la carta de M. Singlin, que me ha parecido muy extensa — escribe madama de Longueville, — por lo que me hacía esperar muchas cosas relacionadas con lo que es ahora mi preocupación, la abrí rápidamente, como mi naturaleza me impulsa á obrar cuando se trata de lo que me preocupa en el momento, y como (digo esto para hacerme conocer) me da una gran negligencia cuando no se trata de lo que es mi ocupación presente. Y esto es lo que hace que unos me crean violenta é impulsiva, porque me vieron en mis pasiones ó en mis pequeñas inclinaciones ó deseos, y otros lenta, perezosa, casi muerta, si se puede usar esta palabra, porque no me han visto interesada por aquello que lo estuve para bien ó para mal. También por esto me han definido como habiendo en mí dos

personas de carácter opuesto, lo que ha hecho decir unas veces que era trapacera, y otras, que había cambiado de carácter, no siendo cierto ni lo uno ni lo otro, sino que dependía de la situación en que me hallase. *Pues yo permanecía muerta como la muerte para todo aquello que no germinase en mi cerebro, y muy viva para todo lo que me interesase.* Siempre tuve el diminutivo del carácter y me dejé dominar demasiado. Por todo esto abrí rápidamente la carta ».

De tal suerte prosigue y añade muchas confesiones acerca de sus repentinos cansancios, sus movi­lidades de carácter sus bruscas *sequedades* para con las gentes si no ponía cuidado en evitarlas. Sorprendo, sobre todo increíbles testimonios de este talento que no se ocupa sino en desenmarañar su propio laberinto (1). Felice al acabar : « Aún he tenido un pensamiento sobre mí misma y consiste en que me agrada mucho, por amor propio, que me hayan ordenado escribir esto, porque sobre todo me gusta ocuparme de mí misma y ocupar á los demás; y el amor propio es el que hace que prefiramos hablar de nosotros aunque sea mal, antes que no decir nada. Expongo este pensamiento y al exponerlo lo someto como todos los demás (2).

(1) Por ejemplo, en este pasaje, que escapa casi á fuerza de ser tenue al pensamiento. Se reprocha, al mismo tiempo que se condena el desear ver sus confesiones condenadas, y quiere descubrir por medio de esta provocación ensañada, si no se tiene de ella alguna buena opinión : « Me desfiguro en parte — dice, — para proporcionarme el placer de saber que creen algo bueno en mí, y es casi un artificio de mi amor propio y de mi curiosidad mi interés en descubrirme defectuosa para saber ciertamente lo que piensan de mí, y satisfacer por este medio mi orgullo y mi curiosidad. Siempre el método del hotel de Rambouillet, con el solo cambio de aplicación.

(2) M. de La Rochefoucauld habría tenido algún derecho á reivindicar este pensamiento como muy parecido á los suyos : « Lo que hace que los amantes no se aburran juntos es que hablan siempre de ellos mismos. » Yo me hago esta pregunta : ¿ Si M. de La Rochefoucauld hubiese leído esta confesión de Madama de Longueville se habría emocionado? ¿ Su opinión sobre ella habría cambiado? Podemos dudar. Habría pretendido seguir la misma naturaleza y persistir en las mismas trazas. « El orgullo es igual en todos los hombres — ha dicho, — y la diferencia sólo existe en los medios y

He copiado varias cartas manuscritas de Madama de Longueville, todas ellas llenas igualmente de escrúpulos y de turbaciones sobre alguna acción que ella cree de fuente humana, sobre algún pecado olvidado, sobre una absolución recibida con conciencia dudosa (3). Practicaba la penitencia y la mortificación en las maneras de ponerlo en juego. « Le faltaba un poco más de clarividencia para ver como él era. En esto estriba siempre la dificultad.

(3) Son las mismas cartas que M. Cousin ha publicado recientemente en sus *Fragments littéraires* (1843). Constantemente hice uso de ellas para este retrato, pero nunca creí que la memoria de Madama de Longueville mereciese una publicación completa. M. Cousin obedeciendo á cierto impulso, que muchas veces es un gran encanto en tan gran talento, ha pensado de distinta manera y no se ha ocultado para decirlo. El verbo de este maravilloso ingenio se sabe de qué lado se inclina, porque nunca es elocuente á medias. En un solo punto me permitirá que no le imite, y es cuando afirma que Madama de Longueville era un talento *superior templado* en Madama de La Fayette. A pesar de nuestra deferencia á sus palabras y de nuestra admiración por sus bellas páginas, no podemos aceptar tal opinión. ¿ Se puede juzgar la calidad del talento de estas dos mujeres por lo que se cita de Madama de Longueville en estos momentos de penitencia y por lo que apenas sabemos de Madama de La Fayette fuera de sus escritos literarios? Para juzgar á estas dos mujeres no se puede tomar á la más seria en una noche de baile, y á la otra en un Viernes Santo. Si se tuviesen las confesiones de Madama de La Fayette á Du Guet, ya sería otra cosa. Pero no se puede sin contradecir todos los testimonios del tiempo, no ver en Madama de La Fayette un espíritu enérgico, recto y delicado, y en Madama de Longueville un espíritu tierno, sutil, glorioso, interesante, pero no del mismo temple. Perdón por esta disputa, pero quiero que mi buena, mi prudente, mi juiciosa y seria Madama de La Fayette quede en su lugar. Después de escrita esta nota, he aquí que un muy picante trozo sobre *Las Mujeres ilustres del siglo XVII* (*Revue des Deux Mondes*) 15 Enero 1844, M. Cousin vuelve con elocuencia y pasión á esta disputa. Esta vez se extiende aún más y trata á M. de La Rochefoucauld de tal suerte que siento ganas de recoger el guante si hubiese derecho á ello y no hubiésemos dicho ya demasiado. Pero dejemos al lector agitar estos agradables debates que consuelan otros muchos, y agradezcamos á M. Cousin, tan ilustre maestro, el haberlos reavivados por su potencia. Y notado bien, es siempre el encanto de Madama de Longueville el que opera y el que nos hace rivales á los dos. — ¿ Es preciso, pues, decirlo? (1852). El duelo á la fuerza de prolongarse se separó de los términos de la cortesía. ¿ No será que uno de los caballeros, sin duda creyéndose más favorecido, y también por haber tomado demasiado el aire de héroes de la Fronda el aire de conquistador, no admite sombra de rivalidad?

por sus vigilancias continuas y las angustias, más que con cilicios.

Por consejo de M. Singlin, Madame de Longueville se ocupó ante todo de dar limosnas y de las restituciones á las provincias saqueadas por su causa durante las guerras civiles. A la muerte de M. Singlin pasó bajo la dirección de M. de Saci. Cuando este fué encerrado en la Bastilla, tuvo á M. Marcel, cerca de Saint-Jacques. Escribía muy asiduamente al santo obispo de Aleth (Pavillon) y seguía en todos sus puntos las respuestas como oráculos.

El duque de Longueville había muerto en Mayo de 1663, y así pudo seguir en adelante con menos distracción la vía de penitencia que la reclamaba. Sólo las turbaciones de la Iglesia en esta época la retenía aún. En sus años difíciles se mostró muy activa para Port-Royal. La revisión del Nuevo Testamento, llamado *de Mons* se acabó en las conferencias que tenían lugar en su casa. A partir de 1663, tuvo escondidos en su hotel á Arnauld, á Nicole y al doctor Lalane. Se cuentan algunas anécdotas bastantes verosímiles que debieron disminuir las languideces de este retiro.

Arnauld un día fué atacado de fiebre. La princesa hizo venir el médico Brayer á quien le recomendó que tuviese un cuidado especial de un gentilhomme que alojaba en su casa, pues Arnauld, con su gran espada y su peluca tenía todo el aspecto de un gentilhomme. Brayer sube, y después de haberle tomado el pulso, comienza á hablar de un nuevo libro que ha hecho mucho ruido y que se atribuye á los señores de Port-Royal: « Los unos se lo atribuyen á M. Arnauld y los otros á M. de Saci; pero yo no creo que sea de este último porque no escribe tan bien. » Ante estas palabras, Arnauld olvidando, el papel que representaba y sacudiendo su amplia peluca exclama: « ¿ qué queréis decir, señor? Mi sobrino escribe mejor que yo. » Brayer bajó riendo y dijo á Madame de Longueville: « La enfermedad de vuestro gentilhomme no es importante. Sin embargo, os aconsejo que no vea á nadie; es

preciso no dejarle hablar. » Tal era en su ingenuidad el gran jefe de partido Arnauld.

Se ve en algunos fragmentos de la Historia de Port-Royal por Racine, que Nicole era más agradable á Madame de Longueville que Arnauld por más cortés y más atento. En las conversaciones de la noche, el bueno de Arnauld, antes de dormirse cerca del fuego, se quitaba tranquilamente sus ligas *y esto la hacía sufrir un poco*. Nicole tenía más comedimiento; pero no obstante, dicen que un día por distracción, puso al entrar su sombrero, sus guantes, su bastón y su manguito en la cama de la princesa. ¡ Todo esto formaba parte de su penitencia.

Ella contribuyó como ningún prelado á la Paz de la Iglesia. Estas negociaciones tan frecuentemente rotas y renovadas, su secreta actividad y el centro en que se movía, tenían para ella las apariencias de la sola Fronda permitida. Al saber una mañana (hacia 1663); una de las rupturas que imputaban á los jesuitas decía: « He sido muy tonta al creer que los Reverendos Padres obraban sinceramente: es verdad que esta creencia no existía sino desde ayer por la noche. » Por fin se entablaron negociaciones serias, y M. de Godrin, arzobispo de Sens, concertaba todo con ella. Escribió al Papa para justificar á los acusados y garantizar su fe, al secretario de estado y al cardenal Azolin, para interesarle á la conclusión. Con la princesa de Conti, mereció ser saludada como *Madre de la Iglesia*.

Hecha la paz, hizo construir en Port-Royal-des-Champs un pequeño palacio que por una galería comunicaba con una tribuna de la iglesia. A partir de 1672, se dividió entre este palacio y la estancia de sus fieles Carmelitas del Faubourg Saint-Jacques, en cuyo convento tenía alojamiento. Pruebas muy dolorosas la empujaron hacia estos dos asilos: primero la pérdida de su cuñada la princesa de Conti, la imbecilidad y la mala conducta de su hijo mayor el conde de Dunois, y la muerte de su hijo más querido el conde

de Saint-Paul. No abandonó del todo el palacio de Longueville sino después de esta muerte. El joven M. de Longueville fué muerto, como se sabe, en el paso del Rin, echándose en un momento de valor temerario contra un grupo numeroso de enemigos que huían, y con él perecieron muchos gentileshombres. Era preciso decir esta desgracia á Madama de Longueville. Por temor á parecer incompleto, repito aquí esta página inmortal :

« La señorita de Vertus, escribe Madama de Sévigné (20 Junio 1672) había vuelto hacia dos días á Port-Royal, en donde está casi siempre, y fueron á buscarla con M. Arnauld para decirle esta terrible noticia. La señorita de Vertus no tenía sino que presentarse, pues su vuelta precipitada indicaba algo funesto. En efecto en cuanto apareció : « ¡ Ay señorita ! ¿ Cómo está mi hermano ? (el gran Condé). » Los pensamientos no se atrevieron á ir más lejos. « Señora está bien de su herida. » — « ¿ Hubo un combate ? ¿ Y mi hijo ? »

No le contestaron nada. — ¡ Ay, señorita, mi hijo, mi querido niño, contestadme ¿ ha muerto ? — « Señora no tengo palabras para contestarle. » — « ¡ Ay mi querido hijo ! ¿ Ha muerto en el campo de batalla ? ¿ No ha sobrevivido un sólo momento ? ¡ Ay, Dios mío ! ¡ qué sacrificio ! » Y después cayó en el lecho presa del más vivo dolor, de convulsiones, de desvanecimientos, y tras un silencio mortal, se oyeron gritos ahogados, lágrimas amargas, lanzando al cielo sus tiernas quejas que movían á piedad. Ve á ciertas personas, toma algunos caldos porque Dios lo quiere, no tiene ningún reposo, y su salud está visiblemente alterada. Yo le deseo la muerte, comprendiendo que no podrá vivir de esta pérdida. »

Y siete días después, esta carta (27 de Junio) : « Por fin he visto á Madama de Longueville, la casualidad me puso al lado de su lecho. Me hizo acercar más, y ella fué quien habló primero, pues yo en estas ocasiones no sé hablar. Me dijo que no dudaba de que me apiadase de ella, que su desgracia era completa.

Me habló de Madama de La Fayette y de M. de Hacqueville como de las dos personas que la compadecerán más. Me habló de mi hijo y de la amistad que tenía con el suyo. Omito mis respuestas; fueron como debían ser, y estaba tan sinceramente conmovida que no podía decirle nada malo. La gente me echó de allí. Pero, en fin, la amargura que me hiere el corazón cuando me pongo en su lugar, cuando estoy en el mío, alabo á Dios porque conserva á mi pobre Sévigné y á todos nuestros amigos. »

Pronto se descubrió que antes de partir á la guerra, M. de Longueville, se había convertido secretamente, que había hecho una confesión general, que los señores de Port-Royal habían dirigido esto, que distribuía limosnas, y que no obstante las queridas y un hijo natural que tenía, era casi un santo. Esto fué una dulzura última á la que su inconsolable madre fué crédula.

Tan pronto como pasó esta ráfaga de pesames, Madama de Longueville se fué á Port-Royal-des-Champs, en donde su alojamiento estaba preparado, y allí redobló su soledad. Salía de cuando en cuando, y volvía á permanecer en las Carmelitas, desde donde vió sucesivamente pasar como una procesión de las grandezas del siglo á Madama de la Vallière que tomó el velo, y poco después llegar el corazón de Turenne; ese corazón ¡ ay ! que un día había turbado.

Sus austeridades junto con sus penas apresuraron su fin. Un cambio se operó en su enfermedad y casi gozó de calma. Murió en las Carmelitas el 16 de Abril de 1679 á la edad de cincuenta y nueve años y siete meses. Su cuerpo fué enterrado en este convento, sus entrañas en Saint-Jacques-du-Haut-Pas y su corazón fué á Port-Royal.

Un mes después de su muerte el arzobispo de París, Mgr. de Halay, fué en persona á esta abadía, para decirle á las religiosas, de orden del rey, que despidiesen á los pensionistas y postulantes, prohibiéndoles que admitieran de nuevo. Sólo esperaban la muerte

de esta princesa para comenzar el bloqueo final en el que el célebre monasterio debía sucumbir.

La oración fúnebre de Madama de Longueville fué pronunciada, no por Bossuet, que lo siento, sino por el obispo de Autun, Roquette, el mismo que se supone no era extraño á la idea de *Tarfuto*, y del que decían que los sermones que predicaba eran bien suyos porque los compraba. Madama de Sévigné (carta del 12 de Abril de 1680) alaba de extraña manera y no exenta de ironías de esta oración fúnebre que no permitieron imprimir lo que era más elocuente que las frases de Roquette en este aniversario de la señorita de Longueville, eran las lágrimas de la señorita de La Rochefoucauld que lloraban á su padre, Madama de La Fayette á quien después de la ceremonia Madama de Sévigné visitaba y encontraba llorando, pues Madama de Longueville y M. de La Rochefoucauld habían muerto el mismo año. « ¡ Mucho había que pensar sobre estos dos nombres ! »

Nuestros dignos historiadores de Port-Royal, han dicho muchas banalidades y pequeneces acerca de Madama de Longueville. La calidad de Alteza serenísima la alucinaba. Cuando hablan de ella, ó de la señorita de Vertus ó de M. de Pontchâteau, no se agotan, y en la uniformidad de la alabanza, en la plenitud bien legítima de su conocimiento, no se les puede pedir el discernimiento de los caracteres. Se ve en un pequeño fragmento que sigue al *Abregé de Racine*, que no tuvo tiempo de fundir y de disimular con el relato, que Madama de Longueville había guardado hasta sus últimos años, la gracia, la sutileza, y, como decía Bossuet de las personas vueltas al mundo, *la insinuación en las conversaciones*, y conservando los pronto impulsos, los cansancios y los excesos de sospecha: « Ningunas veces estaba celosa de la señorita de Vertus que era más igual y más atrayente. » En fin, ¿ por qué extrañarnos? Hasta en el frío abrigo de los claustros, hasta en las losas funerarias á las que pegaba el rostro, continuó siendo la misma, y

aunque en una esfera más depurada, siempre existieron para ella los mismos enemigos y la continuación secreta de los mismos combates.

La verdadera corona de Madama de Longueville en estos años, y que es preciso reverenciar tanto como ella la ocultaba con sus dos manos, es la verdadera corona de la humildad. He aquí su gloria cristiana que los otros defectos no deben obscurecer. Tenía sus enemigos y sus envidiosos, y cuando llegaban hasta ella palabras insultantes lo sufría todo diciendo á Dios: « ¡ *Mortificame más!* Un día que iba en silla de manos desde las Carmelitas á Saint-Jacques-du-Haut-Pas, fué abordada por un oficial que le pidió no sé qué gracia. Ella le contestó que no podía, y entonces el hombre encolerizado, replicó en términos insolentes. Sus servidores iban á echarse sobre él: « ¡ Deteneos — gritó — no le hagáis nada; merezco mucho más ! » Si indico al lado de tan gran virtud las otras pequeneces persistentes, no es para desvirtuar esta penitencia profunda y sincera, sino para poner de relieve las miserias obstinadas de estas elegantes figuras (1).

(1) En la rica correspondencia manuscrita que posee la biblioteca de Troyes, encuentro numerosas cartas de M. de Pontchâteau á su hermana la duquesa de Epernon, en la que habla de Madama de Longueville. M. Pontchâteau, penitente en Port-Royal, quería atraer á su hermana ya retirada al Val-de-Grâce. El ejemplo de Madama de Longueville es citado con frecuencia: « Madama de Longueville no tiene más que dos lacayos: ¿ no sería esto bastante para vos? ¿ cuándo estáis en Val-de-Grâce qué hacen vuestras gentes en la casa? Mas citaré algunos párrafos sobre la muerte de nuestra penitente para que sea conocido el rigor de M. de Pontchâteau y que se vea el precio que tiene en su boca cualquier elogio. » 1.º de Abril de 1679. He aquí, pues, á Madama de Longueville que se ha marchado á ese gran viaje de la eternidad del que no se vuelve jamás. Las muertes de estas personas que tienen una gran categoría en el mundo, y, sobre todo, con las que tenemos relaciones, nos conmueven un momento, pero la impresión se borra bien pronto y ni siquiera tratamos de retenerla. Durante algún tiempo no se hablará de otra cosa... Creo que será dichosa y que Dios habrá tenido misericordia de ella. Amaba mucho á la Iglesia y á los pobres, que son los dos objetos de nuestra caridad sobre la tierra, y me acuerdo haber visto cantidad de cartas en el comienzo de su conversación llena de sentimientos de humanidad y penitencia. Las penas soportadas durante

Lemontey, en su ingenioso libro, pero seco y ligero, no repara en llamarla *alma* teatral y vana. ¿Quién se atrevería, después de haber asistido como nosotros á su penitencia, llamarla de otra manera que pobre alma delicada y angustiada?

Nicole, ese talento tan delicado, y que la frecuentó tanto tiempo, la ha juzgado muy bien. Siempre estuvo muy de acuerdo con ella. Ella encontraba que él tenía siempre razón en las pequeñas disputas de Port-Royal. Decía que una vez muerta ella, había perdido él muchas consideraciones. « He perdido también — decía — mi abadía, pues ya no me llaman más el abate Nicole, sino simplemente M. Nicole. » En el tomo XII de las *Obras de Moral y de Política*, el abate de Saint-Pierre, se encuentra este testimonio particular sobre el espíritu y la calidad intelectual de Madama de Longueville, que no era fácil suponer allí y cuya existencia es bastante extraña é interesante (1).

« Yo preguntaba un día á M. Nicole cuál era el carácter del espíritu de Madama de Longueville, y me dijo que tenía un talento muy sutil y delicado para conocer el carácter de las personas; pero que su espí-

un año le han servido de expiación... » Y en otra carta del 22 de Abril de 1679 : « No me gustan las exageraciones, pero es preciso confesar de buena fe, que ha habido cosas bastante singulares en la penitencia de Madama de Longueville, y que, al principio, muy frecuentemente se acostaba en el suelo, se disciplinaba y llevaba un cinturón de hierro. Y en cuanto al espíritu, sé de ella muchas cosas que pocas personas saben, y que eran muy humillantes. No es que quiera hacerla pasar por santa y que la suponga gozando ya de la presencia de Dios, pues cuanto ocurre en la otra vida para nosotros está oculto. Mas es cierto que se ven pocas personas de su clase abrazar este género de vida y vivir firmes hasta el final en las grandes verdades de la religión, en un gran desprecio de sí mismo, que se observa en la sencillez de sus vestidos y en la uniformidad de sus deberes. ¿ Tenía sus debilidades? ¿ Quién no tiene ninguna? Ella las veía y las odiaba, y esto es lo que Dios no exige. Podemos excedernos en la alabanza, pues encontramos algo nuestro cuando alabamos á los demás, y es preferible esperar ese gran día en que Dios alabe á cada cual según sus obras. » Esta carta de M. de Pontchateau en su ingenuidad, y su discreción, es la más digna oración fúnebre.

(1) Suprimo la ortografía del abate de Saint-Pierre pues bastante álgebra hay ya sin ella.

ritu era muy pequeño y débil y que era muy limitada en materia de ciencias y en todas aquellas cosas en que no obraba el sentimiento. Por ejemplo — añadía, — le dije un día que yo podía apostar y demostrar que en París había dos personas que tenían igual número de cabellos, aunque yo no pudiese citar los nombres de ellas. Me dijo que yo no podía estar seguro hasta tanto que no los hubiese contado. He aquí mi demostración : Pongamos que la cabeza mejor dotada tenga 200.000 cabellos y que la cabeza peor adornada tenga uno solo. Si ahora suponemos que 200.000 cabezas tienen un número diferente de cabellos, es preciso que cada una posea una de las cifras comprendidas entre 1 y 200.000, pues si suponemos que entre estos 200.000 había uno que tuviese el mismo número yo habría ganado la apuesta. Mas suponiendo que estos 200.000 tienen un número diferente, en cuanto añadamos un solo habitante más con cabellos, y que no tenga más de 200.000, necesariamente tiene que tener un número de los comprendidos entre 1 y 200.000 y que, por consiguiente, sería igual al número de cabellos de una de esas 200.000 cabezas. Ahora bien, como hay más de uno por encima de 200.000 habitantes, puesto que hay cerca de 800.000 en París, tiene que haber muchas cabezas iguales en el número de cabellos aunque yo no los haya contado, Madama de Longueville no pudo nunca comprender la demostración, y sostuvo siempre que el solo medio de demostrarlo era el de contarlos. »

Esto nos prueba que Madama de Longueville que tenía tantas semejanza de espíritu con Madama de Sablé, era muy diferente de ella en este punto. Á Madama de Sablé le gustaban estas disertaciones y era buen juez de ellas, y Arnauld no habría pensado en hacer leer la *Lógica* de Port-Royal á Madama de Longueville para distraerla y obtener un consejo competente.

Pertenecía propiamente á esos *ingenios sutiles* que Pascal opone á los talentos geométricos, « á esos

ingenios sutiles que no son más que sutiles y que acostumbrados á juzgar las cosas en una sola ojeada rechazan toda definición en apariencia estéril, y que no tienen la presencia de ahondar hasta las bases de las cosas especulativas y de especulación, que no acostumbran á ver en el mundo. »

Mas, geometría aparte, el mundo y su golpe de vista, la sangre de princesa que lleva en venas, un alma femenina con todos sus repliegues, este deseo de agradar, las bellas pasiones, sus grandes desgracias, su finura y su elegancia, la aureola de santa al morir, los enlazamientos de los nombres de Condé, de La Rochefoucauld y de Port-Royal, bastan para atorgar á Madama de Longueville una distinción duradera, y le asegura en la memoria francesa una parte de gloria que ninguna heroína sobrepasa, y que ninguna otra gloria aun de mujer superior borraré. ¿ Qué diría yo más? Si desde el fondo del mundo en que se halla pudiese sonreír, el efecto y el encanto que produce ni los que la juzgan su sólo nombre sonreíría.

1.º de Agosto 1840.

P. S. Después de haber escrito este retrato, cae en mis manos un precioso documento que extraigo de un manuscrito jansenista, y que viene en apoyo de cuanto he dicho. (Biblioteca del Rey, suplem. francés 1485) :

#### CARÁCTER DE MADAMA DE LONGUEVILLE

« Era cosa digna de estudiar la manera de conversar con la gente de Madama de Longueville.

« Se podían observar sus cualidades igualmente estimables según Dios y según el mundo. Nunca murmuraba de nadie, y demostraba su pena cuando se hablaba de los defectos de los demás, aunque á decir verdad,

« No decía nada en alabanza propia;

« Trataba, sin afectación, de humillarse siempre que había ocasión.

« Decía tan bien todo lo que decía, que habría sido imposible decirlo mejor, sin ignorar ningún asunto.

« Había muchas cosas originales en lo que decía M. de Trevill; pero había más delicadeza y tanto talento y buen sentido en la manera de expresarse Madama de Longueville.

« Hablaba sensatamente, modestamente, caritativamente y sin pasión.

« Nunca se observaban en sus discursos malos razonamientos.

« Escuchaba mucho y no interrumpía jamás, y no demostraba prisa por hablar.

« El aspecto que adoptaba menos era el aspecto científico, y sé de muchas personas muy estimables que á ella no le placían, porque tenían algo de esta aspecto.

« El efecto contrario producían en ella el formar parte de su corte, hablar de todo el mundo con equidad y sin pasión, é intimar en todos los que tenían de bueno.

« En fin, todo su exterior, su voz, su cara, sus gestos, eran una música perfecta, y su ingenio y su cuerpo la servían tan bien para expresar todo lo que ella quería hacer entender, que era la más perfecta actriz del mundo.

« Sin embargo, aunque estoy persuadido de que era un excelente modelo de conversación prudente, cristiana y agradable, no dejo de creer que el estado de una persona que no hubiera tenido nada de esto, y que fuese sin talento y sin agrado, pero que hubiese sabido pasarse de la conversación mundana y permanecer silencioso ocupado en Dios y en sus pequeños trabajos, es mucho más dichoso y envidiado que ella, porque está menos expuesto á la vanidad, y menos tentado por el espectáculo de los juicios favorables que merecen sus bellas cualidades. »



El final de este retrato es acaso excesivo para nosotros jansenistas mundanos y que no hacemos lepra del agrado de Madama de Longueville aun después de convertida. Mas, ¡qué encantador ejemplo de la dueña de la casa cristiana, austera y sin embargo amable!

Este pequeño retrato podría muy bien ser de Nicole, pues sabía que creía de más talento á M. de Treville que á Pascal. En este párrafo le acuerdan más originalidad que á Madama de Longueville. Una mujer de talento me hace observar que este M. de Treville era el M. Joubert del bello tiempo del jansenismo. ¡ Dichosos estos hombres para todos sus amigos é ignorados para los demás (1).

(1) Por muy completo que parezca este retrato, los lectores que deseen más, pueden buscar en la edición de 1867 de mi *Port-Royal*, en el tomo V, páginas 123-139 y en el *Apéndice* del tomo IV, páginas 591-593, todo lo que yo he podido encontrar y decir.

## UNA ALCOBA (1) POÉTICA

BAJO LUIS XIV

PAVILLÓN. — SAINT-PAVIN. — HESNAULT.  
MADAME DES HOUILLIÈRES, etc.

Volvamos á nuestros corderos y no mordamos más á nadie (2). Esto me han aconsejado y es lo más prudente. Un poco de idilio aún en crítica; vuelvo á coger mi cayado y hago callarse á mi perro.

Recorriendo últimamente esos cuarenta pequeños volúmenes en los que bajo el título de *Anales poéticos* está enterrado todo lo que no se lee ya, donde La Monnoie ocupa un lugar como Racine, y Pavillon ofrece dos veces más fachada que Despreaux, he logrado un pequeño resultado evidente.

Ha habido una escuela poética al final del siglo xvii y comienzos del xviii para la que ciertas circunstancias no han existido, y en la que no tuvo influencia ninguna la época de Luis XIV pues continuó siempre fiel á Luis XIII y á la primera Regencia y acabó con la segunda bajo La Motte y Fontenelle. Comienza en Voiture y Saint-Evremond; se muestra de acuerdo con los ensayos de La Fontaine, y se acantona en el tiempo de Boileau y Racine, en el Hotel de Bouillon, siendo

(1) *Burelle*, en francés. Con este nombre eran conocidos en tiempos de Luis XIV los dormitorios de ciertas damas de calidad, que servían como sala de conversación, y en donde se empleaba el discreteo más refinado. — (N. del T.)

(2) Este artículo, cuando se publicó en una revista, sucedía á otro de polémica lanzado contra una de esas plagas que infestan la literatura.